

Xavier Sala i Martín

Libertad de elegir

Hoy empezaremos con un ejercicio. Piensen en las siguientes situaciones y alternativas: Primera, están en el supermercado y les atraen dos posibilidades: pechugas de pollo a 4 euros y langosta a 120.

Segunda, pensando en la vivienda tienen que escoger entre un piso de 60 metros cuadrados en un barrio obrero (vale 120.000 euros) y una casa de 400 metros en Sant Cugat (coste: 3 millones).

Tercera, su hijo tiene que hacer un máster en Administración de Empresas. De nuevo dos alternativas: Autónoma a 10.000 o Iese a 75.000 euros al año.

Cuarta, se rompen una pierna y el médico les dice que hay dos procedimientos: la tradicional escayola que le cura en tres meses (con un coste de 30 euros) o unas gotas mágicas que se acaban de inventar que suelda el hueso en tres horas (10.000 euros).

Quinta, le han diagnosticado un cáncer y aquí también hay dos tratamientos: la radioterapia tradicional de 35 sesiones durante seis meses y una probabilidad de supervivencia del 80% (coste del tratamiento: 500 euros), la radioterapia de dosis única de última generación con una probabilidad de supervivencia del 90% (con un coste de 20.000 euros).

La pregunta para ustedes no es qué escogerían en cada caso sino quién debe tomar la decisión: ¿ustedes o el Gobierno? Si la toman ustedes mirando sus preferencias y sus presupuestos, seguramente escogerán más o menos lo que les interesa. Si, por el contrario, decide el Estado, a menudo se equivocará, porque, para no discriminar, va a establecer las mismas reglas para todos y no van a entender que, a igualdad de ingresos, uno puede querer gastar mucho en langosta cada día y otro pueda preferir tener una casa más grande o pagar unos estudios más caros a sus hijos.

En la España actual, está ampliamente aceptado que las compras del supermercado y las decisiones sobre vivienda las tomen ciudadanos. Eso sí, para garantizar que todo el mundo pueda comer y tenga una vivienda mínima, el Estado hace una

redistribución previa a través de un sistema fiscal progresivo y de algunos subsidios. El tema educación es un poco más complejo: el Estado obliga a todos a estudiar hasta los 16 años y proporciona escuelas públicas y concertadas semigratuitas. La asistencia a la universidad, por su lado, es voluntaria, aunque el Estado también proporciona opciones subsidiadas.

Finalmente, el tema más peliagudo: la salud. La opinión pública mayoritaria española no acepta que las decisiones sobre salud las tomen los ciudadanos sino que piensa que debe ser el Estado. Y así es como está organizado el sistema sanitario público. El problema es que, dado que el Estado debe pagar la factura de todos



OSCAR ASTROMUJOFF

(con nuestros impuestos, eso sí), a menudo el mejor tratamiento es financieramente inviable: las gotas mágicas que sueldan el hueso en cuestión de horas y el tratamiento de radioterapia de dosis única son demasiado caros para administrarlos a todos los ciudadanos, por lo que todos acaban con el tratamiento de menos calidad. ¿Todos? ¡No! El sistema español permite que los ricos paguen de su bolsillo (o del bolsillo de su mutua) otros médicos y otros tratamientos más caros en clínicas y hospitales privados o del extranjero. Es decir, el sistema sanitario español garantiza una calidad mínima para todos y deja que los ricos elijan libremente el tratamiento.

¿Por qué les explico todo esto? Pues

porque el Senado norteamericano está debatiendo la propuesta de Obama de reforma del sistema sanitario. En la actualidad, en EE.UU. existen dos sistemas de sanidad pública: el primero, llamado Medicaid, es para los ciudadanos con rentas bajas y al que están acogidos 40 millones de personas. El segundo, llamado Medicare, es para los jubilados y a él se acogen otros 41 millones de norteamericanos. El resto de las familias puede contratar voluntariamente seguros privados. De hecho, la mayoría de las empresas ofrece seguros médicos como parte de la compensación a sus trabajadores. Al ser voluntario, hay unos 47 millones de personas que deciden no comprar seguro. Una parte importante de

ellos son jóvenes de entre 18 y 35 años que renuncian al seguro de la empresa a cambio de un salario más alto. Ya se sabe: los jóvenes piensan que ellos nunca estarán enfermos y prefieren utilizar el dinero en coches o casas. Dicho esto, también existe una bolsa de ciudadanos de rentas bajas que no son suficientemente pobres para poder acogerse a Medicaid pero que no tienen suficiente dinero para comprar un seguro privado. Y ese es el principal problema que el plan Obama intenta solucionar. Para ello, propone dos cosas. Primera, un sistema de subsidios para que las familias de menos rentas puedan comprar un seguro privado. Segunda, un seguro público que, al competir con las aseguradoras privadas, contribuya a reducir precios y a permitir que los pobres ten-

gan acceso a algún tipo de seguro. Una tercera propuesta del plan intenta impedir que los ciudadanos enfermos que cambien de aseguradora pierdan la cobertura que tenían con la aseguradora anterior.

No sabemos cómo será la ley que finalmente apruebe el Senado ni las distorsiones que los subsidios y los seguros públicos van a crear. Lo que sí sabemos es que el sistema sanitario norteamericano no será como el español, donde el Estado decide por los pobres mientras que los ricos deciden por sí mismos. La propuesta de Obama es parecida a la que los españoles tienen para alimentos o vivienda: primero el Gobierno redistribuye rentas y da subsidios y, después, todos los ciudadanos, pobres y ricos, tienen libertad de elegir.●

Pilar Rahola



Camps, don Francisco

Hace ya un cierto tiempo, Júlia Otero había desplazado su programa en On- da Cero a la Fira del Mobile de València, y sus colegas del *Gabinete* nos desplazamos con ella. Se esperaba la visita del presidente Camps, cuya entrevista con Júlia era el plato fuerte del programa. Llegó, y no llegó solo. ¿Seguridad, prensa, secretarios, adosados múltiples? Por supuesto, como es recurrente en las visitas presidenciales que se precien, pero... no era todo. Antes de su llegada, aparecieron unos autobuses con decenas de personas que, ¡oh, sorpresa!, se plantaron por su recorrido y le hicieron de sonora claqué. ¡Presidente, presidente! En castellano, por supuesto. Después se instalaron en la sala de la entrevista con Júlia, y, cuando Camps acabó, se fueron por donde habían llegado, continuando con su papel de ruidosa corte que aplaudía al presidente como si fuera el rey de Valencia. En ese momento recordé las visitas de los zares, cuando paseaban por sus dominios y sus lugartenientes les montaban decorados de pueblos ficticios, para que creyeran que tenían un impe-

Autor de un ataque barriobajero más propio de 'LA Confidential' que del Parlamento

rio pujante. Emulando, pues, a los zares rusos, la ficción de Camps no era el esplendoroso decorado de la Fira, sino el pueblo entusiasmado que salía a su paso para vitorearlo. Claqué de sainete, que seguía al zar para hacerle de corte bufonesca, y cuya entrega dedicada al vitoreo me motivó un efecto proustiano: me vino a la cabeza aquel bolero inigualable del "teatro, lo tuyo es puro teatro...".

Y de teatro fue la cosa, también en Barcelona. En este caso el zar valenciano no se trajo a su claqué particular, quizás porque habría *cantado* tal "espontáneo" pueblo en el paseo de Gràcia, pero paseó su palmito de traje todo gratis por el congreso del PP y concentró sus artes dramáticas en abducir a Mariano Rajoy para su causa. Por supuesto, consiguió la foto de la "reconciliación" y después se fue a protagonizar una falla valenciana, acompañado de Fernando Alonso y Rita Barberà. El hombre, pues, que ha estado en el centro del escándalo más importante de la historia del PP, que ha puesto en peligro el cambio de imagen de la era Rajoy, que se pavonea, en plena crisis, montando en Ferrari y que acababa de protagonizar un ataque barriobajero contra los socialistas, más propio de *LA Confidential* que del Parlamento, ese hombre vino, *vidi y vici* con su foto de portada. Sin duda la necesitaba, para cimentar su poderío. Pero ¿la necesitaba Rajoy? Puede que haya poderosas razones de orden interno, pero externamente, la compañía de Camps es un desastre. Camps representa, hoy por hoy, el resto sobrante del antiguo PP, la foto fija de una época que Rajoy intenta superar. Es un contaminante tóxico, y como tal, cuanto más poder mantiene, más veneno deja en su partido. Debe de ser por ello que conduce Ferraris, para disimular que la tiene pequeña..., la credibilidad, por supuesto.●

Lluís Foix

Un presidente del Pacífico

Barack Obama lanzó un mensaje muy claro al inaugurar su gira asiática diciendo que es el primer presidente norteamericano del Pacífico. Nació en Hawái, se educó en Indonesia, se instaló en Chicago, pasó por Harvard y aterrizó en el Senado de Washington y finalmente en la Casa Blanca. Lo habitual en los presidentes después de la guerra era proclamarse atlantistas, formando alianzas militares, económicas y políticas con Europa para contener el expansionismo soviético. El eje atlántico está vigente, pero la potencia económica y demográfica mundial se está trasladando gradualmente y Obama aprovecha la primera ocasión para levantar acta de que el Pacífico está desplazando al Atlántico.

Japón, Singapur, China y Corea del Sur son el itinerario de la gira presidencial. El

plato fuerte es la visita a China, con la que Estados Unidos quiere mantener unas buenas relaciones a pesar de las diferencias de fondo entre la democracia norteamericana y el régimen de Pekín.

A su paso por Shanghai, Obama se encontró con un grupo de universitarios con el que conversó abiertamente en inglés sin que el debate fuera transmitido por la televisión china. Estados Unidos, dijo, no quiere imponer ningún sistema a nadie, pero señaló que hay ciertos derechos y libertades que son universales. Derechos que son aplicables a todos los pueblos, incluidas las minorías étnicas y religiosas.

China es una potencia imparable, pero es un país autoritario en el que no hay elecciones, los periódicos son censurados, se controla internet y el que se pronuncia contra el Gobierno acaba en la cár-

cel. Obama les comentó a los universitarios que la libertad le "obliga a escuchar opiniones" que no son de su gusto. No lleva ni un año en la Casa Blanca y ha experimentado el contratiempo de la crítica en los medios, en la oposición y en su propio partido. Su popularidad ha descendido notablemente. Son las reglas de juego.

Obama no sólo se refirió a la libertad de información, sino también a los derechos de las minorías étnicas y religiosas. El Gobierno de Pekín reprimió duramente a los musulmanes uigures y considera al Dalái Lama un enemigo del Estado por reclamar los derechos de los tibetanos. China puede llegar a ser la primera potencia económica mundial y dominar los continentes. Pero si el régimen no abre las puertas a la libertad serán los chinos los que la reclamarán.●